

EL RETRATO DEL MURO BLANCO.

por Perla Schwartz

El se fue dejando morir— y eso que era muy partidario de los existencialistas—, con su cabellera que arrastra hasta los hombros, un corte de pelo, hay que recordarlo, sólo es conveniente en las noches de luna llena, son ciertas cabalas personales que hay que seguir.

Otras ocasiones con su mirada perdida hacia el espacio donde no logró captarse en la totalidad de su “supuesta” integridad. Ni siquiera los tragos eran suficientes para poder ser un navegante. Ha llegado el momento y la nostalgia lo ahoga, agobiado por gusanos morados de tristeza, bañado por el estiércol. . . finalmente todo, ¿para qué?

Sí, hay que reconocerlo, muchas veces, uno no alcanza a ser la “hormiga atómica” que ha descrito la imaginación del poeta, uno se queda varado a mitad del camino, sin saber que hacer.

Un gran vacío en las entrañas y no precisamente de hambre. . . los lentes conducen hacia el reflejo de los objetos, las sombras allí están y fulminan el menor parpadeo de la mirada.

¿Lo recuerdas? Me tuviste cerca, más bien brazo con brazo y fui tuya desde el pórtico de esa iglesia humedecida por la lluvia, nuestros labios se acercaron, dos extranjeros se acompañaron más allá del desierto.

Tú estabas predestinado a la autodestrucción, a ser causante de una aniquilación lenta, te propusiste ir antes de oprimir como recurso último el gatillo de la pistola. Tú optaste por un ritual demarcado detalle a detalle, poco importó que algunas aspiraciones idealistas quedaran desechadas.

Quisiste transformarte en un retrato digno de decorar la estancia familiar. En ningún momento pensaste que quizás un fotógrafo hubiera realizado una labor mejor.

La vida fue para tí, la muerte vestida de otra manera. Una pàrca que borda sin cansarse cada uno de los días. Muy tarde te diste cuenta de lo que te estabas propiciando, no te gobernó Satán, nunca compadeciste a Job, quisiste ser como él, pero hoy a distancia compruebas que fue una tarea fuera de tu alcance.

No fuiste el actor de un escenario siempre luminoso, la vida se negó a acceder a tus consignas. Pudo más y tú lo sabes el peso aplastante de la realidad que pudo haber sido de otra manera. Pero te empeñaste a desviar tu catalejo hacia visiones que no le correspondían, ante tí, los resultados.

Nos amamos intensamente— aún, cuando los encuentros se suscitaron en migajas de tiempo, cuando las manecillas no nos lo prohibieron, mínimas las palabras, el silencio no agredía el ambiente.

Nuestras respiraciones nos mecían, nos internaban hacia la brisa marina, nos dejábamos atrapar por el hechizo de la arena dorada, que a manera de una almohada, nos invitada a descansar.

Un descanso continuo, un momento, tú el grande. El alcohol te pierde y lo necesitas como si estuvieras sediento de agua, ¿o será acaso la escasez de ternura, las caricias no siempre frecuentes, el saberte un lobo estepario que acosa la compañía? ¿o el demostrarte capaz de dibujar al cuerpo vecino?

El infierno de Dante, se trasladó a tu tierra, a veces la nuestra, fuera alteraciones anímicas, fuera preocupaciones existenciales. . . Tú y yo conscientes de ser pasajeros de la brevedad, de la cabalgata de la entrega antes que nos volvamos cómplices de la ausencia, aún sin desearlo.

Hemos de cumplir con esos roles que nos son ajenos, pero que nos hacen corresponsales de la realidad cotidiana, que nos permiten una perpendicularidad evidente hacia sus días y noches. Ellos no deben conocer lo nuestro.

Fuiste supuestamente un introvertido incorregible, metido en tu mundo, un rebelde anticonvencional, un viviente que se dejó morir como el sol que al esconderse tras los montes no permite que una flecha lo haga desistir de su caída.

Espectros firmes de tu imagen en mi memoria que no se deja traicionar por el olvido, que otorga a tu presencia su lugar como si fueras el huésped eterno. No me explico porque me acompañas, sobretodo, cuando busco ser esa mujer que a tu lado fui, la que vistió el arco iris para estar en la transparencia del abrazo.

La que no se negó a recibir tu vivir para la muerte— ¡Oh Doktor Heidegger, la que quiso detenerte antes que cruzaras el pantano, la que quizás mañana cruzará la puerta del manicomio para volverte a encontrar, aún cuando la sonrisa cada paso a la tristeza desolada y la chiquilla deje de mecerse en el columpio del parque, aún cuando sólo así se aleje de ese retrato molesto, que decora el muro blanco, obstáculo para el olvido.